

DIRECTOR
Jean Meyer



JEFE DE REDACCIÓN
José Manuel Prieto



CONSEJO DE REDACCIÓN
José Antonio Aguilar
Adolfo Castañón
Luis Medina
Rafael Rojas
Mauricio Tenorio
Jesús Velasco



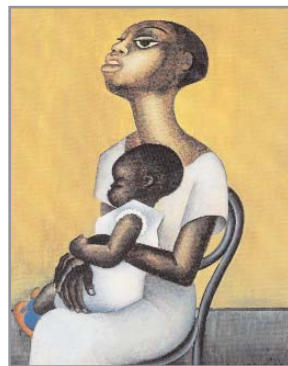
COMITÉ EDITORIAL
Yuri Afanasiev
*Universidad de Humanidades,
Moscú*
Carlos Altamirano
*Editor de la revista Prisma
(Argentina)*
Pierre Chaunu
Institut de France
Jorge Domínguez
Universidad de Harvard
Enrique Florescano
CONACULTA
Josep Fontana
Universidad de Barcelona
Manuel Moreno
Fraginals †
Universidad de La Habana
Luis González
El Colegio de Michoacán

Charles Hale
Universidad de Iowa
Matsuo Kazuyuki
Universidad de Sofía, Tokio
Alan Knight
Universidad de Oxford
Seymour Lipset
Universidad George Mason
Olivier Mongin
Editor de Esprit, París
Daniel Roche
College de France
Stuart Schwartz
Universidad de Yale
Rafael Segovia
El Colegio de México
David Thelen
Journal of American History
John Womack Jr.
Universidad de Harvard

- *ISTOR* es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y de Editorial Jus, S.A. de C.V.
- El objetivo de *ISTOR* es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
- Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
- Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
- Todos los artículos son dictaminados.
- Dirija su correspondencia electrónica a: istor@cide.edu
- Puede consultar la versión *on line* en internet www.istor.cide.edu

♦ Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
♦ Certificado de licitud de título: 11541 y contenido 8104.
♦ Reserva del título otorgado por Indautor: 04-2000-071211550100-102
♦ Certificado de licitud de contenido: en trámite.
♦ Diseño:
Natalia Rojas Nieto

♦ Asistente editorial:
Édgar Valle Álvarez
♦ Impresión:
Mcsyl Gráfico, S.A. de C.V.
Postes núm. 63, Colonia Molino de Santo Domingo, C.P. 01130, Álvaro Obregón, México, D.F.
♦ Suscripciones y ventas:
Editorial Jus, S.A. de C.V.
Tel.: 50 93 19 68
Fax: 50 93 19 21
e-mail suscripciones:
suscripciones@jus.com.mx
e-mail redacción:
jose.prieto@cide.edu



PORTADA: "MADRE NEGRA". IMAGEN TOMADA DE MIGUEL COVARRUBIAS ARTISTA Y EXPLORADOR, MÉXICO, CONACULTA, 1993, PÁG. 27.

istor, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, “el que sabe”, el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, “tratar de saber, informarse”, y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, “historia”. Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

3 PRESENTACIÓN

dossier

- 14 Frederick Cooper.** La historia africana en la era de la descolonización
- 32 Michael Chege.** Las teorías de la ciencia política como un obstáculo para entender el problema de la violencia política y de Estado en África
- 48 Mahmood Mamdani.** Darle sentido histórico a la violencia política en el África poscolonial
- 69 Sara Berry.** Debate sobre la historia y el problema de la tierra en África

bibliografía aleatoria

- 90 María Elena Vela.** Historiografía del África subsahariana: Corrientes, tendencias y debates actuales

notas y diálogos

- 104** ¿Es posible la democracia en África?
- 112 Néstor Braunstein.** Nietzsche, autor de “Funes”

Textos recobrados

- 117** La toma de Babilonia
- 124** ¿Los americanos en Constantinopla?

ventana al mundo

- 126 Kim Richard Nossal.** De la alza a la baja: la privatización de la guerra en los 90
- 133 Pedro Cobo Pulido.** La hoja de ruta: un nuevo intento en favor de la paz

reseñas

- Bernard Dupuy.** Una nueva historia del pensamiento chino
- Mauricio Tenorio.** La lista de Mauricio
- Carlos Bravo Regidor.** La historia como revelación poética
- Jean Meyer.** Breves reseñas en (des)orden cronológico

coincidencias y divergencias

- 152** ¿Rusos? ¿Judíos? ¿Judíos rusos?

cajón de sastre

- 167** *Erratum*

Presentación

Catherine Boone

Este número de *Istor* presenta un conjunto de ensayos preparados por cuatro destacados académicos de África, quienes actualmente radican en los Estados Unidos: Frederick Cooper de la New York University; Mahmood Mamdani de la Universidad de Columbia y director de su Instituto de Estudios Africanos; Sara Berry de la Universidad de Johns Hopkins y Michael Chege de la Universidad de Florida en Gainesville, donde fungió como director del Centro de Estudios Africanos.

Las disertaciones abarcan un extenso terreno histórico e intelectual y abordan los temas de la historia y África en tres formas diferentes. En primer lugar, todos se refieren a la manera como los especialistas en ciencias sociales y los historiadores estudian a África. En segundo lugar, ofrecen una amplia perspectiva de algunos avances políticos, institucionales y económicos vinculados con la formación de la África moderna, colocándolos en un contexto histórico mundial. En tercer lugar, interesados en el tema de la historia y los organismos políticos, plantean la pregunta de cómo se ha interpretado la historia y cómo se ha usado en la construcción de identidades políticas, así como la violencia política, la autoridad política, las relaciones de propiedad, y el Estado nacional. En conjunto, estos ensayos ponen en relieve lo que el estudio de África enseña sobre el mundo moderno.

I. PARADIGMAS CULTURALISTAS

Los paradigmas culturalistas del análisis sobre África, que fueron superados hace mucho tiempo en los estudios de Asia y Latinoamérica, han estado muy arraigados en los análisis periodísticos,

e inclusive en algunos de tipo académico. Como lo señala Michael Chege, en las décadas de los sesenta y los setenta algunos análisis académicos y periodísticos de líderes de opinión explicaban la inestabilidad política y la violencia en Latinoamérica –en Colombia, por ejemplo– como la expresión de imperfecciones culturales con profundas raíces en la sociedad y en el carácter latino, incluyendo el fatalismo, la desconfianza y la “falta de principios”. La profunda pobreza en Asia (y la ausencia de democracia) a menudo se explicaba en términos culturalistas similares, es decir, como una consecuencia del fatalismo y de la excesiva religiosidad, la desconfianza en los vecinos y la falta de iniciativa. Si bien dicho análisis ha sido muy desacreditado cuando se hacen interpretaciones sobre Latinoamérica y Asia, el determinismo cultural y la creación de estereotipos están firmemente incrustados en la imaginación popular y periodística cuando se trata de entender a África. En contraste, en los estudios académicos las explicaciones culturalistas han sido indudablemente defensivas desde la década de los cincuenta. Esto es cierto en todo lo que se refiere a las ciencias sociales, la historia y las humanidades. Aun así, al comunicarse con el público en los salones de clase, en las páginas de las columnas periodísticas y en los programas de televisión, los académicos vinculados con los estudios africanos todavía destinan mucho tiempo y atención –tal vez la mayor parte de su tiempo– a simplemente luchar contra los viejos demonios de los estereotipos culturales y el determinismo cultural.

Que éste sea el caso es un hecho histórico y sociológico revelador en sí mismo, porque más abunda sobre la manera en que se construyen la política y las opiniones del mundo fuera de África más que dentro de ella. Este hecho pone al descubierto una resistencia muy arraigada por reconocer las trayectorias africanas como parte de los amplios procesos históricos y políticos que están dando forma al mundo en su conjunto. En la prensa popular, por ejemplo, la inestabilidad política y el agravamiento de la pobreza en África contemporánea son presentados como hechos lamentables que buscan demostrar que el continente africano es una excepción a las reglas que explican el adelanto político, la modernización y el progreso social en el resto del mundo. En términos estadísticos, África es un macizo aislado que sin lugar a dudas puede excluirse del conjunto de datos. La interpretación de África como predestinada al fracaso

so por sus ancestrales particularidades y por su naturaleza violentamente errática, ofrece un paradigma que anula los intentos sostenidos de verla como una fuente y un registro de los procesos históricos mundiales que vivimos en la actualidad. Como recompensa de este análisis negativo, el determinismo cultural brinda el reconfortante pensamiento de que “lo que está ocurriendo por allá no tiene nada que ver con nosotros”.

Estos hábitos de ver y no ver se hacen evidentes cuando se reflexiona sobre cuántos medios describen y explican la pobreza en África (“es una condición natural”) o la propagación del *HIV/SIDA* (“refleja imperfecciones o prácticas culturales”). En este número de *Istor*, Chege y Mamdani muestran la manera en que el determinismo cultural, como un paradigma analítico, distorsiona y evade los análisis de la violencia y la inestabilidad política en los países africanos. El problema con el determinismo cultural, como lo señalan ambos, es que excluye el análisis de la responsabilidad, la gestión, la historia y la política, así como cualquier esperanza de que las ideas progresistas y las soluciones políticas—incluyendo la reforma de las reglas y a los actores internacionales—pudieran mejorar las cosas.

Mamdani se centra en el caso de Rwanda, que se ha convertido en paradigma para comprender la violencia de masas y la perversidad política en África (y para los debates sobre lo que revela esta reciente experiencia respecto del nuevo orden mundial). Mamdani pone énfasis en la urgencia moral y política de ubicar la guerra civil de Rwanda y el genocidio de 1991-1994 dentro de un contexto histórico y político. Al hacerlo aclara, entre otras cosas, que Rwanda ofrece lecciones muy perturbadoras sobre la violencia de masas, la gestión de los subalternos y los límites del nacionalismo, que se vuelven particularmente evidentes en la situación posterior a la colonia.

El ensayo de Chege es una contraparte indispensable de lo anterior porque sugiere que tomar a Rwanda como un arquetipo político de “África”—un continente de unos 45 Estados esparcidos a través de una región que tiene más de tres veces el tamaño de los Estados Unidos y México juntos—, es como tomar a Serbia como ejemplo de “debilidad inherente” en la política europea. El análisis comparativo es una herramienta poderosa, y puede ser un antídoto para el determinismo y las teorías de excepcionalismo. Efectivamente, las regiones se

han conformado por la experiencia histórica común, las posturas compartidas en los procesos y en las estructuras globales, y por las interacciones entre sus partes constituyentes. Sin embargo, como lo sostiene enérgicamente Chege en estas páginas, las generalizaciones y las teorías generales sobre política, sociedad o trayectoria histórica deben juzgarse y evaluarse por su posibilidad de *explicar la diversidad*, así como la similitud de experiencias y resultados.

Esto es cierto en lo que se refiere a las teorías de inestabilidad política y violencia en África. A pesar del determinismo cultural y de las explicaciones culturalistas de la violencia, la mayoría de las sociedades africanas ofrecen una pluralidad de culturas (muchas con raíces muy antiguas) que coexisten y se combinan en formas variadas para innovar, asegurar el orden público y crear una sociedad política, ser cosmopolitas e inventar su propia modernidad. Senegal y Tanzania, ambas con gobiernos civiles estables durante cuarenta años consecutivos y muestras válidas de buen gobierno, podrían tomarse como ejemplos de las “fortalezas inherentes” en la política africana. En estos casos quizá la fortaleza tenga algo que ver con la cultura, pero el simple hecho de plantear la pregunta obliga al análisis despojado de paradigmas y estereotipos que siguen persiguiendo a las ideas que se tienen sobre África en el extranjero.

La pobreza es otra realidad que no se presta fácilmente a una explicación culturalista. Que la mayoría de la gente en África sea muy pobre constituye una crisis desoladora, pero ni esta es una situación eterna ni provoca en sí misma que África sea diferente de buena parte del resto del mundo. Por el contrario, la existencia de tanta pobreza, y su agravamiento, en tantas partes del mundo exige explicaciones más generales.

II. ÁFRICA Y LA HISTORIA MUNDIAL

Como escribe Fred Cooper, África tiene mucho que decir sobre el poder y los límites del capitalismo como un proceso histórico y, yo agregaría, como una fuerza que está dando forma y redefiniendo nuestro mundo en estas atribuladas épocas. Desde la década de los ochenta, es casi una creencia popular de la ciencia política y la economía política, que la teoría del subdesarrollo no logró predecir o describir la manera en que evolucionarían el Estado y la economía

después de la segunda guerra mundial. Este rechazo a la teoría de la dependencia y del subdesarrollo se ha fundado en la evidencia que ofrecen Latinoamérica y Asia. Pero lo que muchos analistas no han advertido es que este viejo estigma de la economía política efectivamente tuvo mucha razón en el caso de África. Los teóricos del subdesarrollo y de la dependencia afirmaban, correctamente, que las dinámicas de acumulación puestas en marcha en la África subsahariana después de la segunda guerra mundial fueron muy costosas, propiciaron un gasto de capital que limitó la transformación estructural de las economías africanas, y fueron excesivamente dependientes de los flujos de capital externo y del respaldo de la balanza de pagos, lo cual fue insostenible con el transcurso del tiempo. Teóricos del subdesarrollo como Colin Leys y Samir Amin afirmaban que la tenue apariencia superficial de legitimidad de los gobiernos se desgastaría tan pronto como se estancara el crecimiento, que las condiciones sociales empeorarían y que probablemente los gobiernos recurrirían a tácticas cada vez más represivas.¹ En una disciplina como la ciencia política que valora la predicción, los teóricos de la dependencia y del subdesarrollo que trabajaron en África merecen más crédito del que recibieron.

Después de 1979 se rompió lo que A. Zack-Williams llamó la burbuja del “modo poscolonial de acumulación”.² El resultado fue la desestabilización de los gobiernos construidos sobre los cimientos del antiguo orden, la desindustrialización y el debilitamiento de la clase obrera africana; agotamiento y desorden entre las clases empresariales nativas en buena parte de África; reducción del Estado y privación de los derechos civiles y privilegios de casi toda la “burguesía burocrática”, y desgaste de muchos de los vínculos que conectaban a los Estados centrales con el campesinado productor de bienes destinados a la exportación. El artículo de Sara Berry incluido en este número describe de

¹ Colin, Leys, *Underdevelopment in Kenya: The Political Economy of Neocolonialism*, University of California Press, 1975; Samir Amin, *L'Afrique de l'Ouest Bloquée: L'économie politique de la colonisation, 1880-1970* (Paris, Editions du Minuit, 1971, publicado en inglés como *Neocolonialism in West Africa*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974. Véase también Colin, Leys, *The Rise and Fall of Development Theory*, Indiana University Press, East African Educational Publishers, Londres, 1996.

² Zack-Williams A., “Crisis and Despair in Sierra Leone”, *Review of African Political Economy*, 49, 22-34 1990.

manera general este proceso desde la década de los ochenta, lo que permite sacar conclusiones sobre el aumento de tensiones por la tierra y la política relacionada con ésta.

Contrastar las trayectorias de las regiones –Latinoamérica y África– ayuda a acentuar el hecho de que ésta en las décadas de los sesenta y los setenta, era diferente de Latinoamérica, de tal forma que los teóricos del subdesarrollo les restaron importancia. En la mayor parte de la África subsahariana los niveles de desarrollo de las fuerzas productivas eran mucho más bajos; los mercados y las relaciones de clase eran en general mucho menos desarrollados y los Estados eran mucho más débiles y más frágiles que en los casos latinoamericanos de Brasil y México que constituían los principales modelos. El colonialismo en la África subsahariana era más reciente, y estaba marcado por expulsiones, desalojos y trastornos generalizados, según lo subraya Sara Berry.³ A medida que diversas formas de lo que Peter Evans llamó “desarrollo dependiente” se convertían en características notables de la trayectoria latinoamericana, desde 1970 en adelante,⁴ la involución económica del esquema, que pronosticaba la teoría del subdesarrollo, se hizo más evidente en buena parte de la África subsahariana.

Chege subraya que los perfiles, el manejo político y las manifestaciones políticas han variado drásticamente en todos los países del continente africano. Explicar por qué algunas naciones literalmente se deshicieron en pedazos (como Sierra Leona y Zaire), en tanto que otras atravesaron por un proceso de institucionalización política más profunda (Ghana) en la década de los noventa, obliga a analizar retrospectivamente cuestiones sobre la sociedad y la historia –y aun el nacionalismo y la habilidad de los líderes políticos– en contextos nacionales particulares. Inclusive bajo los programas de ajuste estructural, ha habido muchas trayectorias de reforma neoliberal en la África subsahariana, semejantes a las de Latinoamérica. En África, estas diferencias reflejan varia-

³ Véase Young Crawford, *The African Colonial State in Comparative Perspective*, New Haven, Yale University Press, 1994.

⁴ Peter Evans, *Dependent Development: The Alliance of State, Multinational and Local Capital in Brazil*, Princeton, Princeton, University Press, 1979.

ciones no sólo en atributos naturales, de ubicación y sociales, sino también en atributos políticos que vienen en forma de ideologías nacionales, capacidad del Estado y calidad (moral y técnica), tanto de la burocracia como del liderazgo político.

Uno de los argumentos de Fred Cooper es que las frustraciones y proezas del capital en la África subsahariana nos dicen algo acerca de “la gran máquina retumbante” que actualmente está transformando las vidas en América del Norte, Asia y Europa, así como en todo el continente africano. Por un lado, la experiencia africana en el siglo XX pone en relieve la complejidad y dificultad de crear las circunstancias políticas y sociales necesarias para el establecimiento y la reproducción de la acumulación capitalista. Permitiendo lo anterior deducir que dichas circunstancias, una vez logradas, pueden desgastarse también, y que esto es cierto en cualquier parte del mundo. Al mismo tiempo, lo que está ocurriendo en buena parte del continente en la actualidad –incluyendo muchos cambios que tienen lugar al amparo de la bandera de la reforma neoliberal– es un claro recordatorio de que el capitalismo en su forma presente, globalizada e hiperdesarrollada, conserva un carácter fuertemente predatorio y coercitivo. En casi toda África podemos observar acelerados intentos para convertir en mercancía la tierra, el agua, y el conocimiento indígena (por ejemplo, a través de la biopiratería), y despojar a la naturaleza a través de la extracción de materias primas y de la tala de bosques. Se han aprovechado del poder del Estado y del apalancamiento de las instituciones financieras internacionales para favorecer la privatización de recursos de propiedad común, infraestructura y otros activos nacionales (en tanto se socializan la deuda nacional y el riesgo). Mucho de lo anterior parece una repetición moderna del movimiento de cercamiento. Se hace en nombre de la *creación de condiciones* para la acumulación capitalista futura, pero no está nada claro si estos procesos pondrán en marcha algún “proceso autosustentable” de crecimiento o desarrollo. De hecho, en el caso de grandes partes de África esto no parece probable en el futuro previsible.

Esto repercute en la dinámica del “sistema mundial” en general. La marginación económica en la era de la globalización y las continuas formas particulares de sufrimiento humano e inestabilidades políticas, que a menudo se

vinculan a ella, no son fenómenos exclusivos de África. Como lo señalé en una colaboración anterior para *Istor* (núm. 11), pueden observarse ejemplos de profunda marginación económica y de conflicto político creciente en el Oriente Medio, en toda la periferia de la antigua Unión Soviética, en especial en Asia Central, en el sureste de Europa, en algunos estados latinoamericanos, en algunas partes del sur de Asia y quizá en la misma Rusia. La globalización neoliberal está creando y reforzando formas muy excluyentes de crecimiento. Esto lo observamos no sólo dentro de los países de África, sino también en la posición marginada de muchas naciones y, de hecho, en regiones enteras de la economía mundial “globalizada”.

El geógrafo David Harvey ha sugerido que el capitalismo globalizado sigue alimentándose en parte con los procesos de “acumulación por desocupación” que tienen lugar fuera de la esfera del capital mismo.⁵ Esto puede provocar muchas formas de resistencia, inclusive en algunos de los subnacionalismos muy visibles y en otros movimientos políticos locales (centrados en territorios específicos) que vemos en buena parte de África y el resto del mundo, incluyendo Europa. El Estado y sus agentes pueden estar directamente implicados. Este es un hecho que define el carácter de la política, los Estados y las elites gobernantes en formas muy importantes. También define las relaciones interestatales, como podemos verlo en algunos conflictos surgidos en África desde el final de la guerra fría. Un ejemplo de ello son las incursiones de los estados vecinos en la República Democrática del Congo (antes Zaire), en la década de los noventa, para apoderarse de sus recursos. Que la guerra de los Estados Unidos en Irak muestre algunos elementos parecidos (es decir, apropiación de los recursos mediante la guerra) nos regresa al punto de que, después de todo, lo que vemos en África quizá no sea tan excepcional. Las trayectorias sociopolíticas de África son parte de procesos históricos mundiales más amplios que están definiendo el presente. Algo de lo que parece como exclusivo de África, quizá, en realidad, simplemente apareció ahí primero.


⁵ Véanse David Harvey, *The Limits of Capital*, Londres y Nueva York: Verso, 1999; y David Harvey, “Working Notes Towards a Theory of Uneven Geographical Development”, manuscrito inédito, London School of Economics, marzo, 2002.

III. HISTORIA, TIERRA Y LA NACIÓN-ESTADO

Para negociar y justificar las relaciones de autoridad y establecer el acceso a los activos productivos, la gente interpreta la historia con el fin de establecer comunidades políticas y las fronteras que de ellas se deriven. Esto es tan cierto en África como en cualquier otra parte del mundo, incluyendo a México y al resto de Latinoamérica. La atención a esta clase de acciones, las condiciones históricas que le dan forma y los perfiles y variaciones de los Estados y la política africanos que puede producir es precisamente lo que se ha olvidado en los determinismos culturales y geográficos, presentes en muchas opiniones sobre África, como lo sugiere Chege. El texto de Fred Cooper analiza la práctica y política de los historiadores africanos, quienes igual que sus contrapartes en otro lado han encontrado un pasado aprovechable que pudiera brindar un contexto para la construcción de una nación, la crítica política de las nuevas naciones y formas novedosas de movilización política. Sara Berry centra su análisis en el papel fundamental de esta movilización y las relaciones de tenencia de la tierra en la política africana. Si las narraciones históricas sirven para construir comunidades políticas en el ámbito nacional, la contribución de Berry muestra que inclusive esto es más evidente en el plano local. Es casi imposible exagerar la importancia política y económica de esto para la mayor parte de África. Como lo muestra Berry, en las sociedades agrarias donde la tierra no se ha convertido del todo en una mercancía, y donde el acceso a ella se determina, al menos en parte, por las comunidades definidas territorialmente, las relaciones de la tenencia de la tierra son fundamentales en la definición de la comunidad política, la autoridad, la identidad, las posibilidades de sobrevivencia económica y las relaciones con el Estado.⁶ Los significados políticos de la relación de propiedad son casi tan evidentes como en cualquier sociedad completamente capitalista, pero en la sociedad capitalista industrial o postindustrial estas relaciones no están necesariamente tan territorializadas como en las sociedades agrarias. En África, las políticas de la tierra han estado marcadas por tensiones

⁶ Véase también Catherine Boone, *Political Topographies of the African State: Territorial Authority and Institutional Choice*, Cambridge University Press, 2003.

ascendentes en la última década, en un contexto de escasez creciente de la tierra, inseguridad económica, nuevos cercamientos y desalojos. Y es a través del problema de la tierra que las cuestiones de etnicidad, Estado y violencia a menudo han confluído en África durante la última década. Pueden observarse similitudes con Latinoamérica, donde las luchas por los derechos de la tierra –frecuencia llevadas al extremo por cercamientos y desocupaciones– se han cruzado con la política del indigenismo, la ciudadanía y la representación, en países como México y Brasil.

El ensayo de Mamdani destaca el entrelazamiento de estos problemas en el caso de Rwanda. Subraya la conexión con la tierra, pero también se extiende a la cuestión general de la gestión de los “subalternos”. Las identidades políticas de los “subalternos”, sostiene, tienen cimientos tanto materiales como institucionales, y son reproducidas por una determinada forma de Estado. Muchos de quienes han aportado a la literatura de los “estudios subalternos” han restado importancia a este aspecto de la política de identidad. Sin embargo, en África, como en cualquier otra parte, las narraciones sobre indigenismo, independencia nacional y victimización, con frecuencia han ofrecido libretos para la movilización política guiada por el Estado. Las formas politizadas y con prejuicios raciales de la conciencia de los actores “subalternos” en Rwanda –institucionalizada y reproducida por el Estado colonial y el poscolonial– crearon las condiciones que permitieron los terribles asesinatos y desalojos. Mamdani sugiere que es necesario reconsiderar los procesos mediante los cuales las identidades culturales se convierten en identidades políticas, y la manera en que este proceso define las formas institucionales del Estado y a su vez es definido por ellas. La meta, sugiere, es forjar identidades políticas progresivas, que no dependan de la creación de enemigos por racismo o por difamación. Esta es otra idea que resuena mucho más allá de las fronteras del continente africano. 

Traducción del inglés por Elia Olvera



África en 1939

Imperios Coloniales:

Francia

Reino Unido

Portugal

España

Bélgica

Italia

Controlado por Londres

Independiente

..... Límites de las excolonias alemanas

1000 km